

PUBLICACIONES *Cinema*

NOVA PILBEAM  
LEDRIC ARDWICKE  
DESMOND TESTER  
JOHN MILLS

EN

50  
PTAS.



la *Rosa*  
de los *Tudor*



# La Rosa de los Tudor

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

**ROBERT STEVENSON**



SELECCIONES

BRITISH FILMS DISTRIBUTORS, S. E. L.

PRODUCCIÓN GAUMONT BRITISH PICTURES

Calle Aragón, 271

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA



PRINCIPALES INTÉRPRETES:

**NOVA PILBEAM**

**LEDRIC ARDWICKE**

**DESMOND TESTER**

**JOHN MILLS**

---

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCIÓN

---

---

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI · BARCELONA

## **LA ROSA DE LOS TUDOR**

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

La ciudad de Londres estaba consternada. El rey Enrique VIII, señor de Inglaterra y de Irlanda, fundador y pontífice máximo de la Iglesia Anglicana, se hallaba en trance de muerte. Los habitantes de la gran ciudad, olvidando las violencias y vicios del rey parricida, acudían a los templos para impetrar del cielo la conservación de la vida de su soberano. Su angustia era aumentada por el terror supersticioso a los elementos que en forma de tempestad espantosa se habían desencadenado sobre la ciudad, haciendo retemblar los más sólidos edificios, azotados por una lluvia torrencial e iluminados por la tétrica luz de los relámpagos, que continuamente cruzaban el espacio como serpientes apocalípticas.

Mientras los fieles oraban por la salud del que llamaban «defensor de la fe», en la real morada y en la misma regia cámara, los cortesanos urdían a toda prisa las más bajas intrigas para apoderarse del poder que iba escapándose de las trémulas manos del moribundo. A lord Marwick, que acababa de penetrar en la estancia, le bastó una ojeada para apreciar el cuadro que a su vista se ofrecía. Hombre ambicioso y ducho en intrigas palaciegas, conocía perfectamente cuantas concupiscencias se albergaban en los pechos de los que se fingían angustiados y cuantas envidias se ocultaban bajo los semblantes, cubiertos con una máscara de triteza.



Milord Marwick saludó con una leve inclinación de cabeza a los médicos y consejeros, que en grupos rodeaban el lecho del paciente, yendo directamente hacia un caballero, que estaba solo junto a uno de los grandes ventanales, cuyos cristales se encendían frecuentemente con el fuego de los relámpagos.

—¿Qué hay? — preguntó el recién llegado.

—El rey está agonizando.

—¿Has seguido observando a Eduardo Seymour

—Ahí está con su hermano Tomás. No abandonan un momento la cámara.

—Evidentemente, esta repentina aproximación de los dos hermanos, que nunca han podido convivir, tiene por objeto apoderarse del favor del que suceda al rey que muere.

—¿Y qué piensas hacer para impedirlo?

—De momento, nada. Enrique VIII ha sido un gran rey, que con su autoridad y energía ha sabido imponerse a los grupos separados por odios y ambiciones, manteniéndolos unidos bajo su reinado; pero su muerte es presagio de luchas personales, que van a dividir el país. El que sepa aprovecharse de estas rivalidades, es el que triunfará en definitiva. Por eso, esperar debe ser nuestra táctica.

El rey, que conservaba todavía su lucidez, se incorporó en este momento en el lecho. Con su acostumbrada violencia y esforzando la voz más de lo que hubiera convenido a su estado, ordenó a sus consejeros que se acercaran.

—¡Más! ¡Más!... ¡Aquí, junto a mí! — gritó, al ver que se quedaban un poco alejados.

Una vez fué obedecido, continuó:

—Tú, Seymour; ¡conozco tus ambiciones desmesuradas! Tú, Marwick ¡sé que eres osado y a nada ni a nadie

temes! Y porque os conozco a los dos y leo en vuestros pensamientos, oíd bien cuál es mi última voluntad. A mi muerte, quiero que la sucesión del reino pase, como a heredero legítimo que es, a mi hijo Eduardo VI; si este falleciere, a María Tudor; en defecto de ésta, a Isabel y después, por orden de legitimidad, a mi nieta Juana Grey.

«Os he dicho que os conozco — continuó, elevando el acento de su voz hasta hacerse estentórea — y por eso os digo que tengáis bien en cuenta el orden de sucesión por mí establecido :Eduardo, María, Isabel, Juana... Y maldigo a quien cambie estas disposiciones, vaya en contra de estos niños o altere en lo más mínimo el orden de la dinastía. Quien de una manera u otra falsifique mi voluntad, ¡que muera como un traidor, que su cabeza se pudra y que los cuervos le saquen los ojos!»

Y, congestionado el rostro, saltándole los ojos de sus órbitas, cayó sobre la almohada, agotado por el esfuerzo.

Enrique VIII había expirado.

Cuando los cortesanos se hubieron alejado del lecho mortuario, Marwick volvió a acercarse con paso lento y clavando su mirada sobre la faz descompuesta del monarca, dijo en son de reto:

—Tú lo has dicho. ¡Soy osado y no te temo!

El choque violento de herraduras contra las losas de la calle le hizo asomarse a uno de los ventanales en el momento en que pasaban velozmente por debajo de él dos caballos cabalgados por Eduardo y Tomás Seymour.

—Estos no pierden el tiempo — dijo Marwick al caballero que a su lado seguía todos sus movimientos, como esperando órdenes. —Dentro de unas horas estarán en Hartford junto al nuevo rey Eduardo VI para lograr el favor de este niño enfermizo, mas poco ha de durar su privanza...



\* \* \*

El patio de la residencia real de Hartford está lleno de la bulliciosa algarazara de dos niños que hacen ejercicios de tiro al arco, saltando y dando gritos de triunfo cada vez que uno de ellos logra atravesar el blanco con la flecha.

—¡Le he dado! — exclama el mayor de ellos, que parece ejercer cierta autoridad sobre su compañero, mientras corre a comprobar su acierto en el tambor que hacía de blanco.

Un criado confirma la certera puntería del niño.

—Efectivamente, Sir vuestro arco es el de un gran tirador. Lleváis ya ocho dianas contra diez flechas.

—¡Ah, Jacobo! — repuso el niño entusiasmado. — Si yo poseyera un mosquetón!

—Vuestro real padre no os lo negaría.

—Te engañas. Cada vez que se digna venir a verme, se lo pido y otras tantas me llevo una negativa.

En el patio resuenan las pisadas de dos jinetes con trazas de llegar de un largo viaje, puesto que sus caballos están sucios de barro y de sudor que llena su cuerpo. Son los hermanos Seymour, portadores de la nueva del fallecimiento del rey.

El primero, tan pronto se hubo apeado, hincó la rodilla ante el niño, que desde aquel instante había de figurar en la historia con el nombre de Eduardo VI y besándole respetuosamente la mano, le dijo en voz bien alta para que se enteraran los caballeros y criados, que habían acudido a la llegada de los Seymour.

—¡Majestad! Traigo la triste misión de comunicaros que Dios ha dispuesto de la vida de vuestro padre el gran monarca Enrique VIII. El cumplimiento de este penoso deber me proporciona el estimable honor de ser el primero en ofreceros el tributo de mi fidelidad y lealtad.

—¿Entonces soy rey? — preguntó con ingenuidad Eduardo.

—Lo sois y como a tal os aclamará todo el reino. La expresa voluntad de vuestro padre, manifestada poco antes de morir, es la de que yo, vuestro tío, sea vuestro consejero y protector y como a tal, se me confieran los títulos de conde y par del Reino. Esta es su última voluntad, que he prometido transmitir y que por vos debe ser acatada.

Eduardo VI no sintió pena alguna por la pérdida del autor de sus días. Poco acostumbrado a las visitas paternales, difícilmente podía concebir un afecto filial que le hiciera sentir el doloroso acontecimiento. Por eso se sobrepuso a todo otro sentimiento el orgullo de su elevación al trono y la convicción de que podría satisfacer sus caprichos infantiles.

—Pues bien, conde Seymour — le dijo —; tráeme inmediatamente un mosquetón.

Seymour no esperaba esta insensibilidad del niño.

—Vuestra Majestad no sabe cuán peligrosa es esta arma de fuego, que el rey, mi difunto señor, siempre os ha negado.

—Digo que quiero un mosquetón — chilló Eduardo, furioso por la desobediencia. —¿Oyes? Quiero ahora mismo un mosquetón.

—Siento no poder complaceros... Ahora permitidme que vaya a ocuparme del real entierro y de vuestra proclamación, según corresponde al cargo a que os habéis dignado elevarme.

El niño-rey se quedó llorando de despecho.

Tomás Seymour, quien, como es sabido, nunca se había llevado bien con su hermano, pensó aprovecharse de este incidente para atraerse a Eduardo así, al poco rato, se presentó a él, ofreciéndole el arma codiciada. Loco de contento, tomó el peligroso juguete e hizo fuego sobre



el blanco, logrando atravesarlo justamente en su centro.

—¡Lé he dado, Tomás! ¡Le he dado! — exclamó, saltando de gozo.

Y fué a confirmar su acierto como había hecho con la flecha, mas al llegar junto al tambor agujereado y mientras enseñaba a los presentes la señal inequívoca del certero disparo, se puso de pronto lívido y cayó desvanecido, llevándose una mano al corazón.

Seymour y el amiguito del rey acudieron consternados a auxiliarle, dándose cuenta el primero de la grave responsabilidad que sobre él pesaba por su imprudente condescendencia. Por fortuna, Eduardo volvió pronto en sí del colapso.

—No os alarméis, amigos no es nada — dijo al abrir los ojos. —Otras veces ya me ha sucedido esto... Por Dios, no lo digáis a Milord.

Mas en aquel momento apareció Eduardo Seymour, agitadoísimo.

—¡Señor! ¿Qué os pasa?... ¿Quién os ha dado este mosquetón?— Y viendo a su hermano confuso por la conciencia de su culpa, agregó: —No podías ser más que tú el que ha cometido esta temeraria desobediencia a mis órdenes pero, a fe mía, que has de pagar cara otra reincidencia, por hermano mío que seas!

Tomás se calló, pero en su interior se fraguaban proyectos de venganza, porque se había dado cuenta de que Eduardo VI estaba herido de muerte y su fin no estaba lejos. Cruzó por su mente un plan diabólico del que debía ser instrumento inconsciente Juana Grey, que figuraba en último término en la línea de sucesión al trono y sin perder tiempo fué a ejecutarlo.

Juana moraba con sus padres en un castillo del Norte y su vida era plácida y feliz lejos de las seducciones e intrigas de la Corte. Lord Tomás, que por su parentesco y por su relieve en las esferas palaciegas era tenido en



He pensado llevaros a Londres, en donde vuestra belleza...





Quedaos, mi señora, la Corte os sería fatal.

gran estima en el castillo, fué recibido con toda consideración y agasajo por los padres de Juana, circunstancia que el astuto Seymour iba a aprovechar para el buen éxito de sus combinaciones.

—Am'go Grey — dijo a éste intencionadamente —, es una lástima que tengáis a vuestra hija en un rincón de Inglaterra, donde no puede recibir el homenaje debido a su belleza y alcurnia.

—¿Qué queréis que haga, lord Tomás? Bien sabéis que si me he recluso con mi familia en este apartado castillo, es porque la fortuna me ha sido adversa, pues soy bastante orgulloso para no dar a mis iguales, y menos a mis inferiores, el espectáculo de mi ruina.

—Precisamente esta razón de orden económico es la que debería inducirlos a dejar que me llevara a Londres a vuestra hija Juana, cuyas cualidades le auguran un porvenir brillante.

—Es posible que tengáis razón, pero la ejecución de esta idea requeriría mucho dinero, desde luego en cantidad superior a la que yo puedo desembolsar.

Y añadió orgullosamente:

—La hija de Grey debería presentarse en Londres con un tren en consonancia con su condición.

—Indudablemente debe ser así y cuando del futuro de Juana se trata, el inconveniente del dinero es una verdadera pequeñez muy fácil de resolver. Yo que conozco vuestra honorabilidad y tengo fe en el porvenir de Juana, puedo solucionar esta dificultad, poniendo a vuestra disposición 2,000 libras o más si estimáis insuficiente esta cantidad.

—Al contrario: es sobrada para una instalación decorosa. Tenéis, lord, una manera tan gentil de convencer, que no hay forma de rechazar tal prueba de estimación. Si mi hija está dispuesta a ir con vos a Londres, no habrá por mi parte inconveniente alguno.



Seymur, satisfecho de su buena fortuna con el padre, decidió redondearla, sin pérdida de tiempo, con el consentimiento de la hija. Familiarizado con las costumbres de la casa, sabía que en aquel momento Juana estaba dando su lección al profesor de historia en la biblioteca, situada en la planta baja y cuyas ventanas caían sobre el parque. Por eso ideó dar a la joven una sorpresa, entrando al salón de estudios por una de las ventanas.

La entrada del joven lord en la estancia, en forma tan inusitada, produjo a Juana una impresión tan grata como grande fué la indignación y escándalo del profesor, desconocedor de la personalidad del atrevido asaltante.

—¡Caballero! ¡Estáis cometiendo una inconveniencia, por no decir un atropello!

—Estoy de acuerdo con el amigo profesor — dijo lord Tomás, riendo de buena gana—. La que me parece no lo está es lady Juana; o sinó, ved cómo no se toma tan trágicamente el lance.

En efecto: la joven Grey reía también a rienda suelta la graciosa ocurrencia. En cuanto cesó el melodioso gorjeo de su risa y con los ojos todavía húmedos por el gozo de la original aparición de su apuesto primo, le preguntó:

—¿Cómo estáis aquí, lord Tomás

—Vengo a libentar a una doncella presa en la cárcel de este castillo y atormentada por un instrumento de suplicio, que le llaman Historia.

Otra sonora carcajada de Juana colmó la irritación del profesor y regocijó extraordinariamente a Seymur.

—En verdad es una tortura el estudio de la Roma de los Césares, cuyos señores me son la mar de antipáticos... aun cuando mi profesor discrepe de mi opinión, a juzgar por la cara que pone.

—El conocimiento de la Historia es el fundamento y

base de toda cultura — repuso seriamente el dómine.

—Y el origen de innumerables jaquecas — añadió la joven.

—Bueno — intervino lord Tomás —; basta de historias y hablemos de algo más agradable, como por ejemplo, un viaje a Londres.

—¿Un viaje a Londres?

—Sí, querida Juana. Por vuestro rango, por vuestra edad... y por otras cualidades, que no quiero indicar para no turbaros, debéis residir en Londres y brillar entre el esplendor de la Corte.

El semblante de la joven, que se había coloreado deliciosamente al sólo anuncio del viaje, se entristeció un poco al considerar que la idea no pasaba de ser un sueño de realización imposible.

—Mis padres no me dejarían — dijo, apenada.

—Pues bien, amada prima; voy a pronosticaros lo que va a suceder dentro de poco — repuso Seymur, fingiendo el tono y los gestos de un adivino. —Se abrirá la puerta de este salón, dando paso a la honorable figura de lord Grey, quien se adelantará solemnemente hacia Juana para decirle: «Hija mía, he pensado llevarte a Londres».

En este instante, se abrió la puerta y lord Grey avanzó risueño hasta Juana, pronunciando las sacramentales palabras: —Hija mía: he pensado llevarte a Londres.

La joven, divertidísima por la exactitud del augurio y encantada de una tal proposición, se echó en brazos de su padre, besándole efusivamente.

A la hora de acostarse, Juana no pudo dejar de expansionarse con la vieja dama a su servicio, anunciándole su próxima partida, con gran disgusto de la rígida señora, que por quererla entrañablemente, temía para su joven señora los peligros de la seducción cortesana.



Por eso, cuando vino lady Grey a dar las buenas noches a su hija y expresarle al propio tiempo su satisfacción por la ventura que la suerte le deparaba con el proyectado viaje, la dama de servicio, dando a sus palabras toda la fuerza de un funesto presagio, exclamó:

—¡Londres, tierra maldita! ¡Dicen que es la tierra del diablo!

—Pero Betty, ¿qué cosas dices?

—Quiera el buen Dios que Londres no traiga la desdicha a esta criatura — insistió la vieja.

\* \* \*

El protectorado de Eduardo Seymour no tardó en cansar al joven rey, más inclinado a juegos infantiles que dispuesto a soportar la severidad de costumbres y enojosas prácticas impuestas por aquél. Sobre todo le fastidiaban extraordinariamente los continuos sermones con que se ponía a prueba su mal disciplinada paciencia. Por eso, mientras el pastor anglicano echaba párrafos inacabables de oratoria soporífera y más pesada que el plomo, sobre los deberes de los reyes, que por lo visto deleitaban en gran manera al lord protector, Eduardo VI aprovechaba sus distracciones para sacar de su escarcela una baraja y echar una partida con un condescendiente amiguito suyo, muy regocijado con esta travesura. Desgraciadamente para ambos, Seymour conocía esta mala inclinación del rey y tras de sorprender a los jugadores con las manos en la masa y quitarles los naipes irreverentes, les ensartaba un sermón todavía más severo y pesado que el del pastor, sobre la necesidad y obligación de oír la palabra divina.

Un día en que el conde Seymour estaba oyendo con devoto recogimiento uno de estos sermones, que eran la desesperación de Eduardo VI, le avisaron que se le llamaba con urgencia.

—La palabra de Dios es antes que todo — contestó.

—Es que se trata de vuestro hermano, que acaba de llegar a Londres.

Esto bastó para resolverle a abandonar la capilla. El rey, al darse cuenta de la salida del ministro, sacó la famosa baraja, que parecía multiplicarse en su bolsillo a pesar de las sustracciones que de ellas frecuentemente le hacía su tutor, poniéndose a jugar con su inseparable amigo.

El enojo de Eduardo Seymour no tuvo límites al enterarse de que la llegada de su hermano coincidía con la de Juana Grey, traída con fines que de sobra sospechaba. Agitadoísimo por esta osadía, acudió a su casa prontamente.

—¿Qué maquiavélica combinación te ha movido a traer a Juana Grey contigo, sabiendo que por razones de Estado debe permanecer alejada de Londres? — preguntóle con irado acento.

—Sé lo que hago y no tengo para qué darte explicaciones — contestó Tomás, sin inmutarse.

—Pero debes saber asimismo que tu osadía puede costarte cara.

—¿Amenazas a tu hermano?

—Por hermano mío que seas, no vas a librarte del castigo que se merecen los que conspiran contra mí, aunque ese castigo sea la misma horca.

Y abandonó la estancia ante el estupor de lord Tomás.

Juana, alarmada por las voces de la acalorada disputa habida entre los dos hermanos, quiso conocer el motivo de ella, mas antes de que el lord le diera explicación alguna, entró un piquete de soldados que iban en busca de aquél.

—¡Lord Tomás Seymour, daos preso en nombre del rey! — le dijo el oficial que mandaba el piquete.



—Deja que vaya con ellos, Juana — dijo él, tratando de deshacerse de la joven, que intentaba retenerlo. — Si no vuelvo, no te quedes en Londres. Regresa prontamente al Norte, al castillo de tus padres.

La joven se lo prometió, anegada en llanto.

No tardó en cumplirse la cruel amenaza del lord protector. Convencido de que se había tramado una conspiración, de la cual suponía inspirador y jefe a su hermano Tomás, cuya finalidad era preparar la sucesión de Juana Grey a la corona inmediatamente a la muerte no lejana del enfermizo Eduardo VI, no se arredró ante el fratricidio para desbaratar estos proyectos. Fácilmente consiguió que Tomás fuera condenado a la horca; mas el pueblo, soliviantado por un criado de aquél, se amotinó, increpando al soldado que publicaba la sentencia.

Nada, sin embargo, era suficiente a vencer la terrible inflexibilidad de conde Eduardo. Sólo quedaba un medio que intentar: la gracia real y ésta únicamente Juana podía conseguirla. Aconsejada ésta por el criado de Tomás y obtenida la deseada audiencia, Juana acudió a las gradas del trono en demanda de piedad.

—¡Señor! — exclamó echándose a las plantas del joven monarca; — la vida de mi primo, de vuestro primo lord Tomás Seymour, está amenazada. ¡Sólo vos podéis salvarle!

—¿Y quién osa atentar contra su vida?

—El conde Eduardo.

—¿Su hermano? ¡No es posible!

—¡Está preso y sentenciado! — exclamó Juana, embargada por la emoción.

—No os aflijáis, prima mía, que yo os doy mi real palabra de que esta sentencia abominable no será ejecutada.

Y mandó llamar inmediatamente a lord Eduardo.

—Me han dicho que, sin licencia mía, habéis preso y sentenciado a vuestro hermano y fiel servidor mío, lord Tomás. Es preciso libertarlo en el acto, ya que es ésta mi voluntad.

—No sabéis, Majestad, el riesgo que corre el reino con esta decisión. Razones poderosísimas de Estado deben existir cuando me dispongo al sacrificio doloroso de mi propio hermano.

El hábil conde se dió tal maña en aducir razones encaminadas a amedrantar el ánimo débil del rey, que éste consintió en la iniquidad. Por eso Juana, confiada en la real palabra, se resistía a creer la fatal noticia de que su protector y amigo iba a ser ejecutado. No era posible, habiéndole el rey concedido su indulto; mas ante la insistencia y seguridad del fiel criado de lord Tomás, comprendió la terrible verdad e intentó de nuevo mover el corazón del rey a la gracia.

Pero ya era tarde. Un cañonazo anunció que la sentencia se había cumplido y la infeliz niña cayó exánime sobre el pavimento.

Con este hecho horrible, aprovechado hábilmente por Marwick, que trabajaba en la sombra, en espera de que los acontecimientos le allanaran el terreno para su triunfo, hizo crecer la impopularidad del conde Seymour de un modo para él alarmante. Fué fomentada la indignación del pueblo, que ya no se recataba de murmurar contra la crueldad y tiranía del parricida, y hasta en los templos, los pastores evangélicos, dóciles a los manejos de Marwick, aludían en sus sermones al crimen que había llenado de horror a Inglaterra. En la misma capilla del palacio real y en presencia de la Corte, llegó a pronunciarse uno de estos sermones en que se aludía al crimen repugnante de Caín al matar a su hermano Abel. El dardo era tan certero, que el conde, que lo estaba escuchando, abandonó el templo antes de terminar el sermón y dispuso la inmediata partida del rey para el castillo de Windsor. Esta huida — puesto que no podía calificarse de otro modo — fué considerada por Marwick



como el momento propicio para dar el proyectado golpe contra el poder de su rival, que se tambaleaba. Así reunió a sus hombres y partió igualmente con ellos a Windsor, dispuesto a apoderarse de Seymour.

La entrada inesperada de la hueste sublevada sembró el pánico en el castillo, de tal manera que Seymour, perdida la cabeza ante el temor de caer en manos de su enemigo, fué en busca del rey-niño en demanda de protección.

—¡Señor! — le dijo — Marwick está asaltando el castillo para apoderarse de vos y hacerse dueño del reino. Las tropas esperan ser arengadas por vos para lanzarse a la defensa del castillo.

—Marwick es leal y estoy seguro de que no intenta nada contra mí — repuso Eduardo VI con frialdad.

—Pero quiere prender a este servidor vuestro, porque estorba sus planes de ambición. ¡Tened piedad de mí! — imploró acongojado Seymour.

El rey le miró con desprecio.

—¿Cómo quieres que tenga compasión de tí si no la tuviste de tu hermano? Ya que has usado del poder para satisfacción de tus venganzas, ¡cúmplanse los decretos de Dios!

Las palabras del rey sonaron como una sentencia de muerte y comprendiéndolo así el conde, intentó la huida. Vano intento: los soldados habían ya invadido la galería a la que daba la única puerta de salida y Marwick mismo, a su frente, entró para prenderle.

\* \* \*

Eduardo VI estaba encantado con su nuevo protector. El astuto Marwick sabía que su privanza se cimentaría en la condescendencia con los gustos y caprichos de su joven señor y así las fiestas, diversiones y banquetes se sucedían a diario en la Corte. Lo que especialmente com-

placía al rey era la compañía de Juana Grey, por la que sentía entrañable afecto y a la que quiso demostrar su predilección sentándola a su lado en la mesa en uno de los fastuosos banquetes con que parecía querer resarcirse de la severa etiqueta que le impusiera el conde Seymour.

La fiesta era amenizada por una compañía de clowns y equilibristas, cosa que divertía mucho al rey y a su inseparable amiguito; y era visto con suma complacencia por el lord protector, atento a todo cuanto el rey hacía o hablaba.

—Prima mía — le decía Eduardo a Juana; — no sabes lo contento que estoy de tenerte aquí. Quisiera que nunca te fueras de mi lado.

—Esto no es posible. Es preciso que me vaya al Norte con mis padres, pues así lo prometí solemnemente al pobre lord Tomás.

—¡Qué lástima! El protector está conforme con que te quedes. Me concede todo cuanto quiero; me ha dado un mosquetón y hasta me permite beber vino: Mira.

Se levantó, alzando la copa llena y dijo en voz alta a guisa de brindis:

—¡A tu salud, Marwick!

Apenas había llegado la copa a sus labios, cuando sonó un cañonazo, indicador de que acababa de cumplirse una ejecución.

—¡Milord Marwick! ¡Milord Marwick!—exclamó Eduardo sobresaltado.

Este se levantó, confuso, comprendiendo la pregunta que encerraba la angustiosa llamada del rey.

—Este cañonazo... ¿Es que ha habido una ejecución?

—Sí, Majestad — respondió el lord, descompuesto.

—¿Lord Seymour?

—Sí, Majestad.



—Me has engañado vilmente — exclamó colérico — me habías prometido respetar su vida porque yo así lo quería. ¡Eres un infame!

Y en medio de la consternación de los comensales, Eduardo VI se llevó la mano al corazón y cayó desmayado.

Juana no se separó ni un momento del lecho del dolor donde estaba postrado el rey, que no se hacía ilusiones respecto a la gravedad de su estado. Presentía su muerte, pero antes quiso salvar a su querida y solícita enfermera de los peligros que la rodeaban.

—Sé que estoy muy enfermo — le dijo. —No creas que es el vino el que me produjo el desvanecimiento, sino la enfermedad que, desde hace tiempo, llevo dentro de mí. Cuando muera, huye de aquí y vete con tus padres; no quieras permanecer en este maldito Londres ni aceptar nunca la pérdida de tu alegría y libertad siendo reina. Los consejeros no buscan más que la satisfacción de sus ambiciones y hacer servir el poder únicamente para sus fines.

Mientras esta escena se desarrollaba en la cámara regia, los médicos de cabecera, reunidos en la antecámara con Marwick, anunciaban a éste la inutilidad de sus esfuerzos.

—¡El rey va a morir! — confesaban impotentes.

—Es preciso que el rey viva — vociferaba Marwick, presa de terrible cólera. —Debéis salvarlo a toda costa, ¿oís? ¿De qué os sirve vuestra ciencia? ¡Sois unos estúpidos y farsantes!

Al salir los médicos, mohinos y atemorizados, Marwick involuntariamente fijó sus ojos en el retrato de Enrique VIII, que adornaba el frontero del salón, y, como amenazadora evocación de ultratumba, vino a su memoria la maldición del difunto rey contra los que pretendieran alterar el orden de la sucesión de la dinastía. Mas la temeraria osadía de Marwick se sobrepuso pronto

al momentáneo temor que el retrato le produjera, lanzándole una mirada de reto. Su resolución estaba tomada: La inminencia del fallecimiento del rey le obligaba a un cambio de táctica y desde aquel momento empieza a realizar su proyecto al ver a Juana Grey, que sale de la cámara regia.

—Lady Juana — le dijo con gran afecto y deferencia; — la salud del rey reclama vuestra constante presencia, por lo que de ninguna manera es conveniente que salgáis de Londres.

La joven no se atrevió a protestar, cohibida por aquellas palabras, que tenían todas las trazas de una orden. Desde entonces, aunque no se explicaba la razón, se consideró como prisionera en el mismo palacio.

Una tarde hallábase en el jardín dando de comer a las palomas para distraer su nostalgia, en un rincón encantador, que en otra situación de ánimo hubiera embelesado su alma soñadora, cuando acertó a pasar un apuesto joven, que la miró con manifiesta admiración y simpatía. Juana, por su parte, sintió algo extraño que la atraía hacia el joven desconocido, cuya mirada admirativa le obligó a bajar los ojos.

—Dichosas estas palomas que reciben vuestros cuidados — la dijo el desconocido galán, acompañando sus palabras de una insinuante sonrisa.

—Las cuido porque son dulces y cariñosas; pero las envidio porque son libres — manifestó Juana, correspondiendo a la sonrisa.

—¿Es que vos no sois libre como ellas?

—Bien lo quisiera para volar al castillo de mis padres; mas el odioso milord Marwick me tiene secuestrada con el pretexto de que el rey me necesita y en cambio no se me permite verle, con todo y estar segura de que reclama mi presencia a su lado.

—Milord no es malo — objetó el joven.



—Eso decía también mi primo Eduardo, porque le daba todos los gustos, y bien caro está pagando su error.

—¿Me permitís que os vea alguna otra vez aquí mismo? — interrogó el desconocido, embelesado por el candor que emanaba de toda la persona de Juana.

Los ojos de ésta expresaban hartamente el placer que le producía la presencia del guapo joven, para que debiera contestarle. Su confusión no le permitía pronunciar la frase de asentimiento que pugnaba para brotar de sus labios. Afortunadamente fué a sacarla de su embarazosa situación la llegada de un criado de Marwick, que, en nombre de éste, la llamaba con urgencia. Juana se despidió del joven con un gracioso saludo, yendo apresurada al encuentro del que consideraba como a su aborrecible carcelero.

Grande fué su sorpresa al encontrarse con que, junto al lord protector, le esperaba su padre cuya llegada ignoraba.

—Hija mía — le dijo Grey, abrazándola tiernamente — venimos a comunicarte una gran noticia, que sin duda te llenará de placer y orgullo. Milord nos ha expresado sus deseos de que fueras la esposa de su hijo, a lo que tu madre y yo hemos accedido hondamente reconocidos, con la seguridad de que no has de rechazar este enlace que tanto nos honra.

Ante tan inesperada proposición, Juana palideció intensamente, pero tuvo la suficiente entereza para contestar:

—El hijo de milord, aunque no le conozca, me es tan odioso como milord mismo. Es inútil que lo intentéis, padre; no me casaré con él, porque estoy segura de que es una artimaña de Marwick.

—Será en vano que os neguéis — intervino éste, encendido de ira. — La voluntad de vuestros padres y la mía es que este casamiento sea efectuado y se efectuará a pesar de vuestra resistencia.

Juana de ningún modo se resignaba a doblegarse a esta violencia y para evitar su sacrificio no se le ocurrió otra idea que la fuga. Es preciso huir como sea y adonde sea: la atmósfera de palacio, saturada de tenebrosas intrigas, la asfixia y le da miedo. Además, este enlace que contra su voluntad se ha preparado, oprime de angustia su corazón, ya lleno de una imagen que su candorosa imaginación ha idealizado. El joven del jardín turba sus sueños y la hace concebir dichas inexplicables. ¿Cómo amar a quien no fuese el mozo desconocido de tierno mirar, que había hecho correr la sangre en sus venas de una manera alocada?

Cuando todo estaba dormido en palacio y la oscuridad y el silencio reinaban en las grandes galerías, Juana salió de sus habitaciones sin que su paso despertara ningún eco, que delatara su atrevida empresa. Atravesó por entre guardias medio dormidos; mas, por desgracia, viéndolo una sombra que se deslizaba quedamente en la oscuridad, dió la voz de alarma y todo el piquete se puso en persecución de la fugitiva. ¡Momento difícil y de sobresalto para Juana! Las voces y pasos de los soldados que iban tras de ella por pasillos y escaleras, daban alas a su pies, y, no obstante, no hubiera podido resistir por más tiempo aquella desigual carrera, si la suerte no hubiera puesto a su paso la escalera de caracol que conducía a las habitaciones altas. Un instante más y los soldados la hubiesen alcanzado, pero los perseguidores se hallaron con que Juana había desaparecido y en su lugar les salió al paso el joven Guidford Dubley, el hijo de Marwick.

—¿Qué ocurre? — preguntó tranquilamente.

—Nos hemos encontrado con un desconocido huyendo por las galerías.

—Os habéis dejado llevar por una falsa alarma; era yo mismo que pasaba corriendo. Podéis volveros a vuestros puestos de guardia.



Cuando los soldados hubieran desaparecido, fué Guidford al encuentro de Juana, que esperaba temblorosa tras de una puerta donde el joven la había escondido.

—¡Gracias! — murmuró Juana con mirada de tan profundo agradecimiento que confirió a Dubley.

—¿Qué os pasa, mi linda amiga? ¿Es que realmente pretendáis huir?

—Sí, caballero; Marwick y mis padres quieren imponerme un sacrificio horrible.

—¿Cuál es?

—Me obligan a casarme con el hijo de milord el protector, que será seguramente tan detestable como su padre.

—¿Y si yo evitara vuestro sacrificio? — preguntó Dubley sonriendo.

—¿Es posible?

—Tened confianza en mí; pero habéis de prometerme renunciar a vuestro proyecto de fuga.

Era fácil leer un asentimiento en los ojos de la joven por los que se escapaba el alma ingenua reveladora de un amor que no trataba de ocultar.

La suerte de Juana estaba echada. Convenía a los planes de Marwick que el matrimonio de aquella con su hijo fuera consumado y ni las protestas ni las súplicas fueron bastantes a hacerle desistir de su inflexible propósito. Con la muerte en el corazón, desesperanzada de las palabras de aliento del desconocido, entró Juana Grey en el salón donde el lord y sus padres la esperaban para presentarle al que debía ser su esposo dentro de poco. Apenas si osaba levantar la vista para mirar al hombre que detestaba sin conocerlo. Haciendo un esfuerzo, se disponía a pagar con el desprecio la audacia del que intentaba apoderarse de su voluntad y de su cuerpo de modo tan indigno, mas quedó muda de asombro, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos: el

apuesto joven el jardín, su salvador en la noche de la proyectada fuga, el hombre que había turbado sus sueños de virgen y el esposo que se le destinaba eran la misma persona: era su dulce dueño el que estaba allí, delante de ella, sonriente y feliz por su sorpresa, esperándola para llevarla al altar y al tálamo.

Una vez Marwick hubo logrado dar cima a la primera parte de sus maquiavélicos proyectos con el enlace de su hijo Guidford con Juana Grey, se atrevió a intentar la más atrevida e infame de sus empresas. Sin respetar el grave estado del Rey, o más bien, aprovechándose del mismo, se acercó a su lecho con un letrado para forzar la última voluntad real.

Hipócritamente le dijo:

—La muerte de los reyes es imprevisible como la de todo mortal, y por eso es prudente que dispongáis de sucesión a la corona, a fin de que la paz del reino no sea turbada cuando Dios disponga de vuestra vida.

—¿Qué pretendes?

—Que firméis este testamento de sucesión a favor de lady Juana Grey, vuestra amada prima.

Eduardo VI escuchó indignado esta inesperada proposición.

—El orden de dinastía fué previsto y dictado por mi augusto padre Enrique VIII y aunque no lo fuera, por nada del mundo permitiría que Juana sufriera el suplicio de ser reina — dijo con energía. —Conozco tus artimañas y por lo mismo quiero y exijo que dejéis a Juana ir libremente al campo, como es su deseo.

Marwick, rojo de ira al verse contrariado con semejante y rotunda negativa, se dirigió al letrado ordenándole que calcara la firma real debajo del documento.

—¡Malvado! ¡Mil veces malvado! — exclamó el rey en el colmo de la desesperación. —¡Toda Inglaterra sabrá por mi boca la felonía que has cometido!



Y agotado por el esfuerzo, cayó sin vida sobre el lecho. Así murió el rey de Inglaterra Eduardo VI.

Juana Grey sentíase dichosa en su plácida morada del Norte, donde había ido a gozar con su esposo las delicias del amor primaveral, que estaba escrito no debían ser duraderas. Juguete de las intrigas del protector, habían de sobrevenirle, a causa de él, una serie de infortunios, engarzados en la corona de la realeza, que por la muerte de su primo, iba a ceñir sus sienes. En efecto, al llegar un día de una excursión a caballo con su marido, la esperaban ya en el castillo Marwick y varios caballeros, que al anunciarle la muerte de Eduardo VI, se inclinaron ante ella, saludándola como a reina de Inglaterra.

—De ningún modo quiero ser reina, — dijo la joven, recordando las palabras del difunto rey. —Mi reino y mi dicha es mi esposo y la paz de que se goza con el alejamiento de la Corte.

—No podéis renunciar, señora — objetó Marwick — puesto que vuestro renunciamento producirá la guerra civil con todas sus fatales consecuencias.

—Mis fuerzas son insuficientes a sostener el peso de la corona.

—El bien de Inglaterra os impone este sacrificio — insistió Marwick.

Ante tales razones se resignó Juana a ceder.

—Seré reina, puesto que decís que es necesario, pero os advierto que procuraré serlo con dulcura y justicia a fin de que haya paz y bienestar en la nación.

María Tudor, la legítima heredera por línea de sucesión dictada por Enrique VIII, se enteró del fallecimiento del rey y de los manejos de Marwick para la entronización de Juana Grey por un emisario, que le comunicó asimismo que los condados del Este estaban con ella y la apoyarían.



Lo que especialmente complacía al joven Rey, era la compañía de Susana.





Sombrio, cruel, reflejaba un deseo infinito de poder.

—Soy la reina legítima — confirmó la Tudor — y haré valer mis derechos con las armas, si es preciso.

Gran parte de Inglaterra y especialmente el pueblo de Londres se mostraron, desde el primer momento, hostiles a la proclamación de Juana Grey, no precisamente por aversión a ésta, bien poco conocida para ser odiada, sino por considerarla instrumento de Marwick, cuya impopularidad crecía por momentos. Por esto la reina, al hacer su entrada solemne el día de su proclamación, fué acogida con tal frialdad, que el protector no pudo menos de considerarlo como un síntoma inequívoco de la opinión que en la ciudad se formaba en favor de María Tudor.

Por otra parte, llegaban rumores de la sublevación de los condados y de que la Tudor iba sobre la capital con un poderoso ejército. Y estos rumores harto alarmantes para los partidarios de Juana, fueron la chispa que provocó la agitación del pueblo, manifestada en motines y asonadas. La situación era tan grave, que Marwick creyó urgente llamar a consejo a sus secuaces. No quiso ocultarles nada de cuanto ocurría a consecuencia de la proclamación ilegal, en la que se cifraba todo su poder y esperanzas.

—Si triunfa la Tudor — les dijo — estamos perdidos sin remedio. Nos hemos jugado la cabeza elevando a Juana al trono y para sostener esta cabeza, que vacila sobre nuestros hombros, hay que sostener a la que vacila en su real asiento. Unidos y decididos estoy seguro de que venceremos. ¿Qué decis a esto?

Todos asintieron a la breve alocución del jefe.

—Ahora hay que obrar con energía y rapidez — prosiguió Marwick. —Conviene detener al ejército rebelde, derrotándolo antes de que llegue a las puertas de la capital, donde hallaría innumerables partidarios, que se unirían a él. Apostad vuestra gente, mientras yo voy a designar al que ha de mandarla.

Seguidamente se dirigió a las habitaciones de la reina, en la que suponía había de hallar a su esposo Guidford.



—Eres — le dijo — además de hijo mío, el esposo de la que es nuestra Soberana; por estas dos poderosas razones nadie como tú más obligado a ponerte al frente de las fuerzas que van a salir para castigar la rebelión de esa mujer pretendiente al trono.

El rey consorte, aunque profundamente apenado por tener que separarse de su joven esposa, se mostró dispuesto a cumplir con su deber.

—Mi padre está en lo cierto, Juana mía; soy tu caballero y, como tal, el primero que ha de defender tus derechos. Tu amor me hará volver pronto triunfante.

Mientras el ejército de lord Marwick salía por la puerta de Londres al encuentro de las huestes de María Tudor, la infortunada Juana tuvo el presentimiento de que con su efímero reinado se desvanecían para siempre sus ensueños de felicidad.

Los días transcurridos desde la partida de Dubley fueron de horrible ansiedad para Juana. Desde lo alto de la torre principal de la fortaleza que le servía de morada, la joven reina escudriñaba el lejano horizonte por donde suponía que había de aparecer el ejército victorioso. El centinela, que se paseaba silencioso por la muralla, en la que ondeaba el pendón de la nueva dinastía, miraba compasivamente a su señora, al leer en su semblante la angustia que la oprimía. No obstante, hubiera sido difícil asegurar si este impulso compasivo podía interpretarse como adhesión o simplemente como el movimiento de un corazón bueno para con el dolor de una mujer hermosa y desgraciada. Precisamente era la gente humilde, el pueblo bajo el que habíase inclinado más decidida, más abiertamente por la Tudor.

—¿Ves algo en el horizonte? — preguntaba la reina al centinela.

—Todavía no se divisa el ejército de milord; pero no tema la señora: Marwick siempre ha resultado vencedor.

La pobre reina, cada vez más intranquila, descendía a sus habitaciones para rezar y llorar en brazos de sus damas.

Un día, al dejar su sitio de infructuosa observación en la torre, llegó a ella un soldado recién venido del frente.

—María Tudor ha triunfado, amigo — le dijo al centinela, sin disimular su satisfacción. La derrota de Marwick ha sido completa; el mismo está preso y la reina legítima viene con sus huestes sobre Londres.

El centinela no titubeó un momento. Como si la noticia constituyera una orden, que se complaciera en ejecutar, arrió la bandera de la casa Grey, acto simbólico de la caída de una dinastía, que desaparecía sin dejar apenas rastro en la historia.

Ignorante Juana de la infausta suerte cabida a sus partidarios e impaciente para saber las noticias que podían haber recibido sus consejeros, fué al salón del trono donde les creía reunidos, a pesar de que su dama más fiel intentó disuadirla de este paso impropio de una reina, que nunca debe ir en busca de sus consejeros, sino ordenar que acudan donde a ella le interese hablarles. Juana no atendió a razón alguna y entró en el salón.

La regia estancia estaba vacía. Los magnates que formaban el Consejo de la Corona, la habían abandonado con evidentes señales de una precipitada fuga, a juzgar por el desorden que se observaba en las mesas y papeles desparramados por el suelo. La infortunada reina no podía dudar de que la suerte había sido adversa a sus defensores. Y, no obstante, ninguna pena le producía la pérdida de una corona que nunca había apetecido. Mas bien llevada por un impulso de niña, se sentó por última vez en el trono desde el cual recibiera los homenajes de los que ahora la abandonaban. El silencio y el desorden imperaban donde antes reinaba el esplendor y las lisonjas. Por ajena que fuera a toda ambición y vanidad;



no dejaba de sentir un gran desprecio por quienes ni como caballeros se habían mantenido a su lado para defenderla.

En estas reflexiones estaba, cuando entró su padre con el rostro trasmutado.

—Ya no eres reina, hija mía — le dijo rebotante de amargura.

A lo que contestó con no fingida alegría:

—Entonces podré marcharme a nuestra casa del Norte y vivir tranquilamente con mi esposo.

Mas ni la satisfacción de esta ilusión ingenua le restaba a la reina caída, puesto que en aquel momento invadió la sala un piquete de soldados.

—Daos presa en nombre de la reina legítima María Tudor — le dijo el oficial que los mandaba.

Juana Grey, custodiada por dos guardias de vista, quedó presa en una habitación que daba al patio de ejecuciones. La vista del tético lugar donde tantas cabezas de infelices víctimas de sus crímenes o de ruines venganzas, fueron segadas por el hacha del verdugo, estremecía de horror el corazón de la joven, no porque temiera seguir la suerte de los que la justicia humana había condenado al último suplicio, sino porque su exquisita sensibilidad repugnaba todo acto de violencia contra sus semejantes. El estar en poder de la nueva reina no le causaba ningún sobresalto. No creía haber cometido ningún delito, ya que no podía considerar delito el hecho de haberse resignado a aceptar una corona, creyendo sinceramente que la patria reclamaba este sacrificio. Su prima María no podía quererla mal y estaba segura de que le devolvería a su esposo, convencida de la inocencia de ambos.

En esto le fué anunciada la visita de la reina. Entró en la habitación que servía de cárcel a Juana, sentándose en un sillón con igual majestad que si se hubiese sentado en un trono, con la misma fría severidad de

un juez que se sentara en un tribunal. La joven quedó helada ante el semblante impasible de aquella mujer, de la que esperaba un rasgo de femenina ternura.

—Quisiera, prima mía, ser clemente con vos — le dijo — pero como reina sólo me queda un camino que seguir. Reconozco que en realidad sois la que menos daño ha hecho a mi causa, pero si viviérais, mis enemigos maquinarian nuevas conjuras para alzarse contra mí. Es preferible, pues, que caigan dos cabezas en evitación de las innumerables víctimas de una rebelión.

—No me importa morir, si así puedo evitar que se derrame nuevamente la sangre del pueblo inglés; mas mi esposo, ¿qué ha hecho para que corra mi suerte? Respetad su vida, prima y señora mía. ¡Yo os lo ruego por lo que más caro os sea en el mundo!

Y al decir esto, la pobre Juana se deshacía en llanto.

La Tudor, temiendo quizás ser traicionada por su sensibilidad, cuya exteriorización consideraba incompatible con su dignidad de reina, salió de la estancia con igual majestad que al entrar en ella.

Al ver que se levantaba, le dijo Juana, con una dulzura que hubiera ablandado un corazón menos duro:

—No me guardéis rencor, María.

La puerta se cerró tras de la reina sin que la clemencia asomara a sus labios. Grey estaba irremisiblemente perdida y con ella el hombre de cuyos brazos la desdicha la había arrancado tan temprana y violentamente.

La niña delicada, forjada en la adversidad, se había trocado en la mujer fuerte, de un temple de alma que difícilmente se hubiera sospechado en ella cuando todo sonreía en torno suyo. No temía, no temblaba por ella. Hubiese aceptado la muerte sonriendo, si éste fuera el precio con que pagara la vida del amado.



Su imaginación volaba hacia él, entrando en la estancia donde le tenían aprisionado. Con los ojos del alma veíale allí, abatido el cuerpo, pálida la frente, que tantas veces se había estremecido al calor de sus besos. Era tanta la realidad imaginativa, que sus brazos se extendían como para aprisionarle y arrancarlo del poder de sus enemigos.

El rumor de tambores entraba por la ventana como heraldo de fatídicos acontecimientos y aquel redoble hizo que Juana, presa de una terrible sospecha, se levantara para asomarse a la ventana. Su corazón no la había engañado. En el patio entraba un cortejo de soldados, seguidos de un juez, un sacerdote, varios caballeros y el verdugo y junto al ministro de Dios, un reo: Guidford, su esposo. El la vió en la ventana y sus miradas, al cruzarse, se besaron en el aire, cruzándose uno de estos besos en que el alma entera se entrega, envuelta en un grito de desesperación.

La dama que la acompañaba procuró alejar a Juana de la visión horrible. Esta se apoyó en una columna para no tambalear, mas en el mismo momento un cañonazo anunció que la sentencia se había cumplido. Un cuerpo de mujer cayó desvanecido en las losas.

Al trágico fin de Dubley pronto iba a seguir el de Juana. Caída en la más profunda postración, se había vuelto insensible a cuanto ocurría a su alrededor. En este estado la halló el juez cuando con semblante apesadado entró a rogarle que se dignara seguirle.

Juana pareció despertar de un sueño. Miró al juez con la misma placidez con que le hubiera recibido en audiencia y se dispuso a seguirle, seguro de que la invitación era para el trance final.

—¿Hace frío, hoy? — preguntó, sin que en su acento se notara alteración alguna.

—Un poco, señora — le contestó su dama, sollozando.

—Pues dame la capa, no sea que me vean temblando y crean que tengo miedo.

Y así, andando con su paso habitual, cadencioso y firme, se encaminó al encuentro del hacha, que había de tajar el tallo de marfil de su cuello esbelto.

El espectáculo fatídico del patio no era nuevo para ella. No se había borrado aún de su retina la visión del cortejo macabro que conducía a su esposo al suplicio: el juez de rostro impasible, el sacerdote de mirada dulce y piadosa, la escolta, la fila de tambores redoblando lúgubremente, los caballeros de cara triste y en el centro el cadalso, encima del cual se recortaba la silueta de un hombre, cuyo traje rojo parecía una mancha de sangre sobre el fondo dorado de los viejos muros, iluminados por el sol.

Ella, que presenciaba serena toda aquella pompa terrible con que se vestía la muerte, tuvo, no obstante, un momento de flaqueza a la vista del instrumento infamante del suplicio, más por repugnancia que por miedo, puesto que de antemano había aceptado a muerte. Inició un movimiento de retroceso, pero sostenida por su acompañante, pronto reaccionó y siguió con entereza el camino hasta llegar junto al verdugo, que le pidió perdón y besó emocionado la mano que Juana le tendía, igual que lo hiciera siendo reina.

Mientras la acompañante le quitaba la capa, Juana levantó la cabeza y su mirada quedó abstraída en la contemplación de una bandada de palomas que revoloteaban encima de los tejados. Eran las mismas que recibían la comida de sus manos amorosas y a su vista se reprodujo en su mente con prodigiosa rapidez y claridad el recuerdo de las escenas de sus aventuras. Recordó cuando lord Seymour le propuso ir a Londres donde iba a labrarse su porvenir y su fortuna, las palabras de su madre ilusionada con esta halagüeña invitación; los



augurios de la vieja criada de sus padres anunciándole que Londres era tierra maldita por ser la tierra del diablo; la recomendación de lord Tomás de que saliera de Londres y su promesa de cumplir sus deseos; el consejo del rey-niño de que nunca consintiera en ser reina el encuentro de Dubley entre sus queridas palomas; su casamiento en el que creyó haber encontrado la felicidad; su exaltación al trono...

Unas palabras que junto a ella murmuró el sacerdote le sacaron de su abstracción.

—Admitid, Dios Eterno, en vuestra Santa Gloria, el alma de la sentenciada. Amén.

Juana se arrodilló y entregó su cuello al verdugo, mientras los presentes en cuyos semblantes se reflejaba la más dolorosa consternación, volvían la cara para no contemplar cómo se consumaba la iniquidad.

Las palomas, que momentos antes contemplara Juana, alzaron el vuelo y desaparecieron, acompañando sin duda el alma pura de la niña, que fué reina durante nueve días.

FIN

## Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.  
 \* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.  
 \* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.  
 \* — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.  
 \* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.  
 \* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.  
 \* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.  
 — 8. *La tumba india*, por La Jana.  
 \* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.  
 \* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.  
 — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.  
 — 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.  
 \* — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.  
 — 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.  
 — 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.  
 — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.  
 — 17. *Baile en el Metrópol*, por H. George, Viktoria Ballasko.  
 — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.  
 — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.  
 — 20. *Exterminio*, por Buck Jones.  
 — 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.  
 — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.  
 — 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.  
 — 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sydney.  
 — 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.  
 — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.  
 — 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.  
 — 28. *El trío de la Fortuna*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.  
 — 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis, George Brent.  
 — 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.

\* Agotadas

## En preparación

UN PAR DE GITANOS, interpretada por  
 STAN LAUREL y OLIVER HARDY



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA

